



Homilía en la Ordenación sacerdotal de tres Presbíteros

Santa Iglesia Catedral, *Sábado 22 de Diciembre de 2012*

Sr. Deán; Rector del Seminario y Formadores; hermanos sacerdotes, religiosos/as; Párrocos y feligreses de Santa María de Arcos y de Ntra. Sra. del Carmen del Puerto de Santa María y de las distintas Parroquias donde estos hermanos han prestado sus servicios; seminaristas; familiares y amigos de los ordenandos; queridos: Sergio, Pedro y Javier; y hermanos todos en el Señor.

Es este un día especial de gozo y alegría para todos nosotros que somos invitados a participar del misterio sacramental por el que el Espíritu Santo será derramado para ungir a estos hermanos nuestros con el sacramento del Orden. El mismo Cristo a quien Dios Padre santificó y envió al mundo, confirió a su Iglesia el ministerio sacerdotal, hasta el fin de los tiempos gracias a la misión confiada a sus Apóstoles y sucesores.

Hablar del Sacramento del Orden es hablar del don que Dios hace mediante la elección para desempeñar la misión de llevar al mundo la gracia y el conocimiento de Dios manifestados en Cristo Jesús. Esto nos lo muestra de forma clara la primera lectura: al igual que a Jeremías el Señor os ha llamado y elegido para ser sus enviados: *“Antes de formarte en el vientre, te escogí, antes de que salieras del seno de tu madre, te consagré”*.

De elección y misión nos habla también el Evangelio situándonos a través de la parábola como siervos del Señor que sirven con fidelidad, amor y entrega. Por tanto, a través de estas lecturas profundizaremos en el ministerio que recibiréis en esta mañana.

Dentro del ritual de la ordenación, la primera pregunta que os haré será: *“¿Queréis uniros más fuertemente a Cristo y configuraros con Él...?”*. Esta es la clave y el fundamento de nuestro ministerio. El Papa Benedicto nos recordaba que al imponernos las manos el día de nuestra ordenación, el Señor viene a decirnos: *“eres mío”, “me perteneces”*; pero también: *“estás bajo mi protección”*.

Es decir, sólo desde nuestra unión con Cristo, cultivada en una oración asidua y sincera, podremos encontrar las energías necesarias y el amor incansable para llevar adelante, hoy y siempre, nuestra difícil pero hermosa misión. Sólo en el encuentro con Él, que nos llama amigos, avivaremos la alegría de dar también la vida por los hermanos.

Nuestra ordenación sacerdotal sacramental debe realizarse y concretarse existencialmente de modo cristológico, llevando al mundo el misterio de Cristo, es decir, sabiendo que nuestro estar en el mundo no es para ganar el mundo sino para llevarlo a Cristo y unirlo a Dios: así nos convertimos realmente en sacerdotes.

Por lo tanto, el sacerdocio no es una actividad solo para algunas y determinadas horas, sino que se realiza precisamente en toda la vida pastoral, en sus sufrimientos y trabajos, en sus tristezas y, naturalmente, también en las alegrías. Así llegamos a ser cada vez más sacerdotes en comunión con Cristo. La vida del sacerdote no es posible sin una fe sólida en Jesucristo. Este es el don precioso que, en comunión con los Apóstoles, hemos de pedir cada día: *“Señor auméntanos la fe” (Lc 17, 5)*. La identidad y la intimidad con el Señor se logran a través de la Palabra, la oración y la misión concreta a la cual Él nos destine.

Tenemos que guardar la Palabra a ejemplo de María, que concibió al Verbo en su corazón antes que en su seno, como nos dice San Agustín. Un modo de guardar asistido por el Espíritu, viviendo en el “hágase” mariano de la identificación con Cristo, haciendo posible que Cristo habite en nuestros corazones y se manifieste en nuestros actos. Un habitar lleno de gracia, de amor y de verdad. Es el guardar fecundo que transforma, cada día, la mente y el corazón. El guardar testificante, que comparte, irradia y transmite.

Así es como María nos enseña en este tiempo de Adviento y de Navidad: a vivir exclusivamente para cuidar al Niño y vaya creciendo. De la misma forma debemos cuidar nuestra intimidad con Cristo: esa es la raíz de nuestro celibato que día a día nos abre las puertas del cielo y nos da la fuerza para vivir la libertad de los Hijos de Dios y para recordar a todos los fieles que somos ciudadanos del cielo y al mundo que sólo Dios basta.

Por otra parte, el sacerdote es un enviado con la misión de enseñar, enviado de la misma manera y en el mismo sentido que lo fueron los Apóstoles “Como el Padre me ha enviado así os envío también a vosotros. Toda su fuerza radica en ser enviado por quien tiene autoridad. No le vienen por sus cualidades personales, ni de su elocuencia, sino de quien le envía. Pero es enviado para un cometido muy concreto que nos aclara magistralmente el Vaticano II en *Lumen Gentium*

Estamos enviados a todo el mundo como servidores y heraldos del Evangelio (*Lumen gentium*, 55). El sacerdocio ministerial, por la potestad sagrada de que goza, forma y dirige el pueblo sacerdotal, confecciona el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo y lo ofrece en nombre de todo el pueblo a Dios LG 10. Los presbíteros, en virtud del sacramento del orden, han sido consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, a imagen de Cristo, sumo y eterno Sacerdote (cf. *Hb* 5,1-10; 7,24; 9,11-28), para predicar el Evangelio y apacentar a los fieles y para celebrar el culto divino.

Esta es la misión del sacerdote: combinar, conectar dos realidades aparentemente tan separadas, es decir, la realidad de Dios — a menudo desconocida para el hombre— y nuestro mundo humano. La misión del sacerdocio es ser mediador, puente que enlaza, y así llevar al hombre a Dios, a su redención, a su verdadera luz, a su verdadera vida.

Solamente en Cristo se realiza plenamente esta necesidad, esta condición de la mediación. Por eso para ser buenos administradores tenemos que luchar día a día para ser realmente un hombre de Dios, debemos conocer a Dios de cerca, y lo conocemos en comunión con Cristo. Por lo tanto, debemos vivir esta comunión a través de la celebración de la santa misa, la oración del Breviario, toda la oración personal y la escucha de la Palabra que son elementos del estar con Dios, del ser hombres de Dios

Al mismo tiempo, otro elemento a tener en cuenta es que el sacerdote debe ser humano en todos los sentidos, es decir, debe vivir una verdadera humanidad, un verdadero humanismo. Tal como lo afirma la carta a los Efesios es ser humildes y amables, ser comprensivos; es ser generoso, ser bueno, ser hombre de justicia, de prudencia verdadera, de sabiduría. Por tanto, salir, con la ayuda de Cristo, del ofuscamiento de nuestra naturaleza para alcanzar el verdadero ser humano, en toda su plenitud, a imagen de Dios en Cristo.

Y un elemento esencial de nuestro ser hombre dirá el Benedicto XVI apoyado en la carta a los Hebreos es la compasión, el sufrir con los demás: esta es la verdadera humanidad. La verdadera humanidad es participar realmente en el sufrimiento del ser humano, significa ser un hombre de compasión. Recogiendo en sí mismo, la "pasión" de su tiempo, de su parroquia, de las personas que le han sido encomendadas.

Ser compasivo nos lleva a enamorarnos de la *Nueva Evangelización* es decir a saber dar respuesta a un mundo sin Dios. Es decir, estar a la altura de este reto pastoral es saber ser testigos de Cristo en un mundo en el que se está haciendo socialmente normal, culturalmente admitido, el olvido de Dios y la exclusión de la relación personal con Dios como un estilo de vida personal.

La *Nueva Evangelización* nos debe mover a no quedarnos indiferentes ante la muchedumbre inmensa de hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos que viven como si Dios no existiese, que no conocen a Jesucristo, que buscan a veces sin saberlo una verdad definitiva que dé sentido a su existencia y razón a su esperanza. Debemos, pues, impetrar el fuego del Espíritu Santo como al principio; y comenzar en el Cenáculo para una vez llenos del Espíritu de Jesús salir de allí y como aquellos primeros apóstoles dar gratis lo que gratis se ha recibido. Así lo reflejan las palabras de San Pedro al paralítico que pedía limosna a la entrada del templo:

“No tengo oro ni plata, pero lo que tengo te lo doy; en nombre de Jesucristo el Nazareno, echa a andar” (Hch 3,5).

Ser compasivo es descubrir la necesidad de hacer presente a Cristo en la Eucaristía para que en el mundo que camina en tinieblas aparezca con fuerza la luz del amor de Dios. Ser compasivo es consolar y fortalecer a los enfermos con el bálsamo de la unción, a los pecadores con el sacramento de la reconciliación. Es hacer posible que el agua del amor humano por el sacramento del Matrimonio se convierta en el vino amor divino.

Por último, hermanos, recordaros que todo cristiano es hijo de María, pero el sacerdote no puede nunca olvidarlo. Este recuerdo adquiere hoy para vosotros una resonancia especial, ya que cuando Jesús en la Cruz se dirigía a Juan, hablaba a un discípulo que había sido revestido de la dignidad sacerdotal la tarde anterior, en el Cenáculo.

Por tanto, queridos hermanos todos, pidámosle a la **Santísima Virgen** por estos hermanos nuestros que hoy reciben la ordenación para que les ayude a ejercer su ministerio sacerdotal y para que se despierte en todos nosotros la ilusión de un nuevo amanecer de vocaciones sacerdotales, con el deseo de que muchos jóvenes pongan con firmeza la mano en el arado (cfr Lc 9, 62) y mirando sólo hacia delante, se entreguen con total generosidad al seguimiento de Cristo Sacerdote, quien no quita nada de lo que hace la vida libre, bella y grande, sino que más bien lo da todo, pues quien se entrega al Señor, recibe **“el ciento por uno”** (cfr Mt 19, 29).

Pidámosle a Nuestra Madre y Patrona la Inmaculada que suscite en nuestra diócesis sacerdotes que impulsados por el ejemplo de los Apóstoles y asistidos de la protección materna de María, hagan de sus vidas el más hermoso regalo de Dios a los hombres. Sacerdotes que unidos a Cristo, a su Persona, a sus pensamientos y sentimientos, oren y trabajen a favor de la humanidad y hagan presente a Dios en medios de este mundo

Que así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez